

Jorge Gustavo Silva,
Profesor de Derecho del Trabajo
en la Universidad de Chile.

El trabajo impedido y el impedimento del trabajo (a)

«La gran obra de cada hombre y
« de cada conjunto de hombres, que
« quieran mejorar las condiciones so-
« ciales, es la obra educativa, la pro-
« pagación de las ideas. . . Hasta que
« no pensemos correctamente, no
« puede haber acción recta; y cuando
« pensemos con acierto, la acción
« recta seguirá. . . ».

HENRY GEORGE.

1.—Es el Trabajo, a la vez que el factor activo de la producción de cosas útiles y necesarias para el consumo, el primero y el último precio, la moneda original y genuina, por así decirlo, con que se paga todo lo que se adquiere para ser consumido.

Lógicamente, entonces, la Desocupación Involuntaria, que es, con otros nombres designada, la forzada

(a) Este Ensayo es síntesis y adaptación de determinada parte de « El Mal del Mundo », obra inédita, de índole crítico-económica.

suspensión de la actividad del Trabajo, el Trabajo Impedido, el No-Trabajo; la Desocupación Involuntaria, que, de inmediato, comporta, por lo menos, una limitación de la aptitud de adquirir para consumir, tiene que manifestarse, y se manifiesta, primero, bajo la forma de una disminución en la rapidez y en el volumen de los cambios por medio de los cuales las cosas pasan a manos del adquirente-consumidor; y, en seguida, bajo la forma de una disminución de las actividades productoras de cosas destinadas a ser adquiridas y consumidas.

Por eso, es posible y razonable sostener que, todo bien considerado, más que ser la Desocupación, Involuntaria y Numerosa, consecuencia o efecto de las llamadas Depresiones o Crisis Económicas, como generalmente se cree y afirma, esas mismas Crisis o Depresiones reconocen su origen central o primario—no el único origen—en la Desocupación, Paro, Cesantía, Desempleo, «Chomage». (b)

(b) He sostenido, en otras partes de esta obra, que «los pobres siempre están en crisis», y que se habla de crisis, se voce la crisis, se reclaman y se adoptan medidas contra la crisis, sólo cuando se sienten amagados por ella los intereses de los ricos, o que tienen influencia de tales. Aquí empleo las expresiones crisis y depresión económica, para indicar el estado de perturbación y enervamiento generales de la vida económica (o sea, en el sentido, a la vez técnico y vulgar, que ahora se les da), pero sin rectificar mi concepto de que «los pobres, el mayor número, el 90% de la población

De pronto, puede esto parecer una aberrante paradoja.

Puede parecer una aberración, por lo mismo que estamos habituados (y aun se diría que se nos tiene enseñados y habituados) a mirar al Trabajo sólo como una carga o gravamen que, de un modo casi parasitario, pesa sobre el Capital; como una carga o gravamen parasitario que, de buena gana, eliminaríamos (y, de hecho, procuramos eliminar, mediante la rebaja de los salarios, la reducción del personal, el empleo creciente de la máquina, y la creciente simplificación racionalizante de las faenas), y no como el factor primero de la

del mundo, y de cada país, se hallan siempre en crisis», como más extensamente lo hago ver en mi Ensayo titulado «Examen del Nacionalismo Económico», que han publicado «Los Anales de la Universidad de Chile», y es también parte de la misma obra.

También tengo dicho que la palabra crisis no es empleada muy propiamente, que digamos, por los economistas-políticos, como quiera que ella significa, etimológica y gramaticalmente, según nos lo enseña, en «El Averiguador Universal», el ilustre publicista Pbo. Emilio Vaisse, el momento en que un asunto—un negocio, una enfermedad, una guerra—se juzga, se decide, se resuelve, sea para bien o para mal, y no, como los economistas-políticos la hacen decir, con aplicación a la vida económica, un «estado patológico».

Es que, para los economistas-políticos (por lo menos, para gran número de ellos), las crisis son una cosa inevitable, sujeta a casi regular periodicidad, una cosa normal. Para Leroy-Beaulieu, y algunos otros, las crisis son una cosa hasta conveniente...

generación de la riqueza; ni, cosa tampoco secundaria, como un adquirente y consumidor, como un grande adquirente y consumidor, como el más grande adquirente y consumidor, en conjunto o masa, de la riqueza que, con la colaboración de los otros factores de la producción, él «crea».

Puede ello parecer una aberración, sí, a aquellos que ignoran, o quieren olvidar, que, si bien las muchedumbres «paradas» son conglomerados humanos a quienes, para no tener que pagarles salario (c), se les ha dejado de pára, esas mismas muchedumbres paradas son—y esto es significativo—conglomerados humanos que ya no tienen con que adquirir sus consumos; conglomerados humanos de consumo mínimo o negativo; gigantescas masas de temporales no-trabajadores

(c) «El salario sale del capital». según las enseñanzas habituales de la Economía Política. «El capital no se emplea nunca en el pago de salarios», rectifica y prueba Henry George, en admirables páginas de «Pobreza y Miseria» y de su «Ciencia de la Economía Política». «El hombre que trabaja para sí mismo, por su cuenta, obtiene sus salarios en las cosas que recoge o produce, a medida que las produce o recoge; y cambia este valor en otra forma, cuando vende el producto. El hombre que trabaja para otro, por salarios estipulados en dinero, trabaja sujeto a un contrato de cambio. El crea también sus salarios, a medida que efectúa su trabajo... Durante el tiempo que está ganando sus salarios está adelantando capital a su patrón; pero, a menos que se le paguen salarios antes de que realice el trabajo, en ningún momento está el patrón adelantándole salarios a él».

y no-consumidores, cuya forzada abstención de consumir tiene que influir, y efectivamente influye, en un sentido de restricción o parálisis, sobre el proceso de la producción económica.

¿Fueron cayendo en no deseada desocupación algunos miles, un millón, varios millones, 25 millones de trabajadores?

Pues, el haber quedado sin trabajo esos 25 millones de hombres aptos para el trabajo y deseosos de estar trabajando—y ha habido, simultáneamente, mucho mayor número de «parados» en el mundo—significó, desde luego, el no-pago en salarios; la no-inversión en cosas de consumo; la no-lubrificante-circulación, por los canales económicos del mundo, de 525 mil millones de francos; astronómica suma de dinero con la que se habría podido alimentar a 72 millones de seres humanos; vestir a un mil de millones de seres humanos; construir 8.750,000 casas de habitación para seres humanos; instalar servicios sanitarios y de agua potable para 70 millones de familias humanas.

Eso significó, también, a causa de la cesación de las actividades y subactividades productoras de servicios higiénicos, de casas-habitaciones, de cosas de vestir y de comer (productoras de toda lo que la subsistencia animal y espiritual del hombre ha menester); eso significó, digo, de un lado, la limitación o total pérdida de las utilidades y rentas con que dueños de ingentes capitales y de dilatadas tierras habían soñado, en riente

perspectiva; y, de otro lado, la sumersión, en inercia ociosa y dañosa, en la miseria, en la desesperación, de nuevas y nuevas masas de trabajadores.

Lo cual mueve a reflexión provechosa.

Como invita a provechosa reflexión el hecho, ya no infrecuente, de que la implantación y adopción generalizadas, en una región o en un país determinado, de la maquinaria agrícola, origine allí, ineludiblemente (aparte de la inmediata desocupación de trabajadores racionales) una vasta desocupación, un vasto y definitivo desplazamiento, de irracionales trabajadores, y, como consecuencia de ello, o sea, a causa de la falta de consumidores irracionales (que ya han dejado de existir o no tienen ya para qué nacer) la crisis de la industria de los forrajes.

¿Qué sería del afañado mundo de los agricultores, industriales, comerciantes,—preguntémonos, «humanizando» súbitamente el ejemplo,—si, por cualquiera que fuera la causa, desapareciera, de pronto, la mitad de la población humana trabajadora; brazo y vientre, a la vez, del mundo: vale decir, a la vez productores y consumidores de todo cuanto los agricultores, industriales y comerciantes lanzan al mercado?

Invita, asimismo, a reflexión, ya penosa, el espectáculo, que a menudo el viajero domina desde la ventanilla del vagón en marcha, durante los períodos de crisis, a saber: el desfile, a la desbandada, de astrosos y famélicos seres humanos,—niños, mujeres y hombres de toda edad,—que, golpeando a las puertas y a los co-

razones, ambulan por los caminos, en demanda de la magra pitanza que la caridad les depare, mientras, por los campos adentro, millones de bestias, de gruesa carnadura y piel lustrosa, sestean al sol.

¡Sobre la Tierra, que es, por ley Providencial o natural, la morada y el común depósito de las provisiones a todos los seres vivos destinadas, los unos (aunque política y constitucionalmente libres, en su calidad de seres humanos) económicamente esclavos; los otros, (aunque, en calidad de irracionales semovientes, sujetos a la férula y a la cuchilla del amo) económicamente satisfechos!

2.—La Historia viene en nuestra ayuda para recordarnos y demostrarnos cuánta ruina y cuánto dolor trajeron a España—la España de Isabel y Fernando, de los Carlos y los Felipes—la expulsión de los judíos y la de los moriscos; de quizá cien mil judíos, primero; y de un millón de moriscos, un siglo más tarde: la expulsión, pues, de dos millones de laboriosas y hábiles manos y de un millón de bocas consumidoras.

Política inspirada y dictada por el fanatismo religioso y por el prejuicio mercantilista (el resultado, dadas iguales circunstancias, habría sido el mismo, si el impulso hubiera venido del fanatismo nacionalista o de otro error o pasión cualquiera) ella causó a España—es decir, a los españoles—graves y positivos males, y todo linaje de infortunios y vejámenes a los que, ni españoles ni católicos, fueron objeto de ella.

¡Qué de iniquidades y despojos! ¡Qué de horrores y lágrimas, de miseria y de dolor!

Muy poco después de su expulsión, los judíos que han logrado salvar con vida, y caer y arraigar en tierra no hostil, hacen allí maravillas de industriosisidad, de labor paciente y ardua. Bayaceto, Emperador de Turquía, que les observa atento, y se complace en aprovecharse de ellos, no sale de su sorpresa; y, recordando al rey Fernando el Católico, a quien había admirado por su sabiduría para gobernar, pregunta a sus Ministros, algo desconcertado:

—«¿Puede llamarse buen rey a un monarca que empobrece su tierra y enriquece la nuestra?».

Más, mucho más, ocurre cuando la expulsión de los moriscos.

Al bullicio de las poblaciones, refiere un historiador, sucede el melancólico silencio de los despoblados; al continuo cruzar de los labradores y trajineros, por los caminos, el peligroso encuentro con los salteadores, que los recorren, y se albergan en las ruinas de los pueblos desiertos. El hambre se deja sentir en España. Vergüenza fué que un país tan favorecido por la Naturaleza hubieran de importarse once millones de fanegas de trigo, en dieciocho años, y que se diera una pragmática que declaró libre del derecho de alcabala al pan que, por mar, se trajera a Sevilla... (d).

(d) Esto habría sido llamado «crisis», en el lenguaje económico y en el lenguaje vulgar de nuestros días; una crisis, pues, determinada por la expulsión de «trabajadores-consumidores», en considerable número.

Entretanto, las tierras de los expulsados, debían, según reales disposiciones, ser distribuídas entre los «señores territoriales» y los pobladores con quienes vanamente se intentó reemplazar la mano de obra de aquéllos: tarea larga, que había de originar mucho papeleo administrativo y judicial. Faltaron el brazo y la inteligencia para el trabajo, y ello causó antes daño que beneficio: sí hubo algunos señores que ganaron con «la herencia» de los expulsos, muchos más fueron los que perdieron, hasta el punto de haber tenido el Gobierno que señalar pensiones alimenticias.

3.—Lo mismísimo que un general de ejército nada puede contra el enemigo, sin la efectiva colaboración de sus soldados, que son los más—batallones de «trabajadores», en la faena abominable, anti-económica, anti-cristiana y anti-humana, de la guerra; lo mismísimo que, para hacer su negocio, el empresario de un teatro ha menester del concurso—mientras más numeroso, mejor—de los espectadores, «consumidores» de su espectáculo, lo mismísimo necesita el Capital, comprometido en empresas de toda índole, terrestres y terrícolas, marítimas y aéreas, de la doble cooperación de la muchedumbre humana, trabajadora al par que consumidora.

Y hasta el sol, con ser sol.....

Diez años se estuvo Zaratustra, sabido es, en la soledad de la montaña, sin sentir las acometidas, que bien pocas veces dejan de llegar, del aburrimiento. Pero en un bueno o mal día amanece displicente; y semblantea al sol; y le habla de este modo: «¡Grande Astro! ¿Qué

sería de tu felicidad si te faltaran aquellos a quienes iluminas?

(¿Qué sería de vosotros, ¡oh, empresarios de todo linaje y giro! si os faltasen aquellos con quienes y para quienes trabajais?).

Ese es el quid de la Nira.

Mas, como Mr. Roosevelt no ha osado remover la gran causa—aquella que, impidiendo al trabajo ejercerse libremente en la Tierra, deja paralizada (deja, pues, privado de la aptitud de adquirir para consumir) al Trabajo; como Mr. Roosevelt no ha puesto mano eficaz sobre el propietario territorial parasitario, por dispendiosas que sean—y van siéndolo en alto grado—sólo habrán de surtir efectos transitorios, y acaso, en algún grado, contraproducentes, las medidas que componen el Plan de Restauración Nacional de los Estados Unidos de América. (e)

Aunque Leroy-Beaulieu lo discuta, y la soberbia y la codicia mamonistas se empeñen en negarlo, es cierto, por un doble orden de razones—no obstante el maquinismo y la racionalización, ahora personales enemigos del trabajador humano—lo que Adam Smith escribiera: a la larga, y dentro de la estructura económica

(e) En los momentos de entrar en prensa estos pliegos, la prensa diaria viene publicando informaciones cablegráficas, según las cuales, muy serias y graves críticas se están haciendo a Mr. Roosevelt, a causa de lo que los críticos llaman ya el fracaso del Plan de la Nira.

vigente, el patrón no puede pasarse sin el trabajador mucho más de lo que el trabajador puede pasarse sin el patrón

El Patrón pone la Tierra, propia o arrendada, y el Capital; pone su Trabajo el trabajador.

Paga el Capital el salario (que no es todo lo que, en justicia verdadera, debe el Capital al Trabajo); invierte el trabajador su salario en la inmediata, si no anticipada, adquisición, para el consumo, de cosas que, porque les hace cuenta—no por sentimentalismo caritativo o filantrópico—el Capital y la Tierra le ofrecen y venden.

Intercambio, recíprocamente útil, de servicios, en el que el Trabajo, que tanto hace, no recibe, sino excepcionalmente, en proporción a lo que hace. Ostensible solidaridad a la que le falta ser más equitativa: fijar el nivel y trazar la línea de esa equidad, es tarea propia de la Economía Política, que la Economía Política viene retardando demasiado.

4.—La función social útil del trabajador no consiste sólo, ya lo sabemos, en producir: repitamos que también consiste en consumir; en destruir riqueza, para acicatear el impulso de producción de nueva riqueza.

Presumirán de aristócratas; presumirán de refinados; presumirán de . . . de lo que quieran presumirán, el gran fabricante de locomotoras, de automóviles, de calzado, de fideos, de corbatas, de lápices, de cigarrillos, de pajuelas fosfóricas, de biscochos, de lo que sea; el gran-

de editor de diarios, revistas, libros; el agricultor en grande escala—dueño de la tierra o no—; el gran vendedor, es decir, el vendedor al por mayor (que, en cuanto al vendedor directo y al por menor, no le es dable—insondable misterio—presumir de nada), de los más finos y de los más bastos productos (f); el ufano gerente y accionista del Gran Banco, de la Gran Compañía de Seguros, de Navegación, de Ferrocarriles; mirarán ellos en menos, pero muy en menos, al anónimo individuo de la anónima masa de trabajadores... Mas, entretanto ¿para quienes están ellos afanándose? De quienes, si no de los consumidores,—y los trabajadores constituyen la gran muchedumbre compradora y consumidora de la riqueza que, en conjunción tripartita, el Trabajo, los Dones Gratuitos de la Naturaleza, y el Capital, generan—; ¿de quienes depende si no de los consumidores, el éxito más o menos próspero que todos ellos alcancen en la gestión de sus planteles industriales,

(f) ¿Por qué es más «socialmente», en general, el dueño de Casa al por Mayor que el dueño de Casa Minorista? ¿Por qué, sin embargo, para los dueños-accionistas de casas comerciales que, legalmente, lo son al por menor, como la de Gath y Chaves, no rige la regla? ¿Por qué tampoco se rebajan los hacendados que, en las calles más populares, abren «puestos» o bodegas, para la venta al menudeo, directamente al consumidor, de sus leñas, vinos, quesos, mantequillas, etc?

«Nuestra nobleza es una nobleza de mostrador», escribió Alberto Edwards. Sobre ese «mostrador» hacían la venta al menudeo los fundadores de la futura nobleza chilena, según él.

de sus ediciones, de sus plantaciones y cosechas, de sus préstamos y descuentos, de sus travesías y transportes? A quiénes si no a los consumidores está destinada la llamativa y sugestionante nota de sus anuncios, que hasta los ápices del mundo, llevan, en horas, minutos y segundos, las aladas hojas de los diarios y la cuasi inmaterialidad movediza de la onda aérea (instrumentos de la difusión cultural e ideológica, cuanto queráis; pero también eficaces y bien remunerados órganos de la información interesada y a buena cuenta); las mil formas extravagantes o artísticas, coloridas, luminosas, sonoras, estridentes, y hasta detonantes, que las otras manifestaciones de las actividades del arte del anuncio comercial asumen, y que ellos aprovechan; y las costosas, clamorosas y pomposas Exposiciones que, un día aquí, otro día allá, están siempre pregonando, ora en tierra firme (donde se erigen torres máximas y Palacios que quedan), ora desde naves peregrinas (que, al tope la bandera, nacional, gallardean por remotos mares), están pregonando la buena calidad, auténtica o mentida, de los productos que ellos elaboran, transportan, y ofrecen en venta?

Si.

Esa es la verdad.

Se catea, se cava y se ara la tierra; se siembra; se recoge la cosecha; se echa el anzuelo o la red; se extrae y se elabora toda suerte de productos; se les embala, se les transporta, se les anuncia, se les exhibe;

se realizan, en suma, toda suerte de esfuerzos, con la mirada y el pensamiento puestos en el consumidor.

La demanda, según ella sea permanente o temporal, había observado el economista Say, determina la forma, extensión y duración del mercado: el almacén estable o la feria nómada. Lo que modernamente ha interpretado Pierre Vialles, diciendo que la demanda, o sea, el consumo, regla todas las condiciones del mercado, incluso su normalidad y su anormalidad... que es la crisis.

¿Por qué estrafalario destino, sin embargo, dando ejemplo de la lógica más invertida que en larga escala haya jamás exhibido la Humanidad—como advierte el Profesor norteamericano Pratts Fairchild,—durante siglos hemos vivido considerándonos en nuestra calidad de productores y no en la de consumidores?

Si el trabajador es, en efecto, un adquirente y consumidor de todo, un interés general (no un mero deber moral, de caridad o altruísmo, cumplido, como quien dice, desde arriba para abajo), ha de movernos a hacer que puedan trabajar los desocupados; que puedan los desocupados hallar trabajo normal, que ponga en normal actividad al proceso de la producción (y el del consumo, sin el cual todo el proceso de la producción carece de sentido y de objeto); un trabajo que reencienda la chispa del motor vital, es decir, del organismo económico; un trabajo que, para decirlo todo de una vez, dinamice al mundo, enervado en ruinoso depresión.

Porque «muchedumbres paradas» quiere decir—además de «prójimos hambrientos y desarrapados»—trenes que circulan a media carga y sujetos a descompasados itinerarios; naves ociosas en los puertos, o malográndose en descaecidos cruceros oceánicos; silenciosos y lúgubres talleres y usinas, donde, en estéril inacción, se oxida la máquina inhumana, a cuya sola presencia el trabajador humano hubo de tomar el camino de la calle, que es, para él, en casos tales, el mismo camino de la miseria; extensiones más o menos grandes de tierra con dueño pero sin cultivo, sin laboreo sin edificación; casas para las que no es posible hallar arrendatario, o cuyo precio de arrendamiento ya no puede el impecune inquilino pagar; capitales sin los usuales rendimientos; quiebras y más quiebras comerciales; contralores que se atraviesan (no a título gratuito, por supuesto) en el necesario proceso de los cambios internacionales, obstaculizando y prorrogando la restauración de la normalidad de vitales relaciones imperiosas; el suicidio, como desesperado final de existencias humanas, que acaso habían sido limpias, activas, generosas, optimistas: en todas partes, para toda clase de gentes, restricción, encogimiento, dolor, crisis general, crisis universalizada.

¡Qué diferente el panorama del mundo, cuando en él se restablece el imperio del Trabajo!

4.—Tan naturalmente como vuela el pájaro en el aire, en la Tierra opera, desde la inicial manifestación de la vida, el Trabajo.

Sin el espacio abierto a la actividad de sus alas, no puede volar el ave.

Privado del acceso a la Tierra, que de todo provee y sirve de asiento a todo y a todos, está impedido el Trabajo.

¿Dónde, si no en la Tierra; con qué, si no es con primeras materias de la Tierra extraídas, ejerce, ya directa, ya indirectamente, su creadora actividad el Trabajo?

El impedimento del Trabajo está, pues, en el monopolio de la Tierra.

En la apropiación, por unos pocos; en la propiedad absoluta, ilimitada, irrestricta, parasitaria, de la Tierra, está el impedimento del Trabajo.

La etimología de la palabra privado, cuya raíz se encuentra, también, en la palabra privilegio (ley particular, ley de unos pocos) nos enseña que en ambas se trata de haber privado de algo a alguien. En ambos casos, la raíz latina es *privus*, de donde nacieron *privatus* y *privilegium*.

«*Privare aliquem oculis*», «sacarle a alguien los ojos»; «*Privari aliquem somno*», «no dejar dormir a alguien»: en estas frases de Cicerón se deja ver bien el significado original y auténtico de la palabra privado, que tan lisa y desaprensivamente aplicamos ahora a la apropiación y a la propiedad de la tierra.

De no ser la apropiación privada de la Tierra el impedimento del Trabajo, ¿cómo puede explicarse—preguntaríamos, ampliando una interrogación formulada

hace cincuenta años por Henry George, con aplicación a los Estados Unidos de América, y que es válida para todos los países y para todos los tiempos—¿cómo puede explicarse que tierras como las nuestras, tan abundantes de recursos, estén llenas de hombres sin trabajo? ¿No es a causa de la facultad que las leyes dan a algunos hombres, para que puedan impedir a otros el libre acceso a la tierra en qué trabajar, y para que puedan, cuando no lo impiden, ejercer sobre otros hombres una parasitaria expoliación?

Tierra monopolizada, o de difícil y oneroso acceso al trabajador, equivale a Trabajo Impedido o cuasi impedido; gente sin trabajo o con muy limitadas y precarias posibilidades de él, equivale a imposibilidad, o casi imposibilidad de adquirir para consumir; consumo anulado o limitado fuera de razón, equivale a paralización o extrema restricción de las actividades productoras: he ahí el círculo vicioso y nefando de la Desocupación Involuntaria y Numerosa, que en el Parasitario Monopolio de la Tierra se origina, y de las Crisis Económicas, que se originan en la Desocupación Numerosa e Involuntaria.

Que la privación, impuesta al animal-hombre, del acceso a la Tierra, es una de las causas (y la liberación de la Tierra el principal remedio), de la Desocupación Forzada, se deja ver en algunos razonamientos del Profesor Pratts Fairchild.

Hay males sociales para cuya curación, lejos de valer y servir, son contraproducentes los remedios que po-

drían convenir a un individuo: la Desocupación, uno de ellos.

Es como si nos pusiéramos en el caso de un concierto sinfónico, que atrajera mil personas a una sala dotada sólo de ochocientas butacas.

Naturalmente, el remedio para Ud. y para mí, en nuestra calidad de espectadores, estaría en llegar muy temprano al concierto.

Pero eso no solucionará el hecho social: doscientas personas tendrían que permanecer de pie.

Y mientras mayor fuera el número de personas que adoptaran la conducta individual que he propuesto, más grande sería la confusión, y mayor el tiempo perdido en ociosa espera.

La única solución consiste,—concluye el profesor Pratts Fairchild,—en arrendar un teatro más grande, o en contratar los servicios de una peor orquesta.....

En la realidad de la vida económica—observaremos nosotros—no se puede contratar una peor orquesta, porque se trata, no de satisfacciones artísticas, o de placeres superfluos, sino de vitales necesidades imperativas.

Hay, pues, que «contratar un teatro más grande».

Que ensanchar el taller del Trabajo.

Que restituir al animal-hombre el acceso a la Tierra. (g)

(g) No se crea que por «restituir al animal-hombre el acceso a la tierra» entendemos nosotros algo como eso que llaman

Henry George había concebido un símil análogo al del profesor norteamericano.

En un capítulo de «El Problema del Trabajo», que tituló «La Puerta Cerrada», dice George que la condición de las masas es actualmente la de hombres acumu-

ahora «la subdivisión por repartición gratuita, o por venta a plazo, de la tierra, y que tanto entusiasma a los Gobiernos y a los partidos.

Eso de la subdivisión se viene ensayando, sin éxito alguno, desde los más remotos tiempos: Esparta, Judea, Roma... Y en cien tratados se dan las razones para no insistir en «el sofisma de la pequeña propiedad».

De hecho (y por razones económicas fundamentales)—nos advierte el profesor universitario argentino Villalobos Domínguez, en su libro «Bases y métodos para la apropiación social de la tierra», (Buenos Aires, 1932)—un arrendatario no puede sacar, como producto de su explotación, más que lo indispensable para los gastos de producción, para vivir, y para el arriendo. Si a este último se le carga una suma para amortización, el agricultor está en déficit y en bancarrota. Los agricultores que entran en el plan (de colonización y subdivisión) quedan en desventaja para competir con los que están como arrendatarios, en el mismo país o en otros países. Arrastrarán sus compromisos durante uno, dos o tres años; pero tendrán que sucumbir. El plan es prácticamente irrealizable, sobre la base de venderles tierras, por más plazos y facilidades que se les quieran otorgar. Es casi un imposible financiero, aunque se piense en ello «para formar, en defensa de la Bastilla de la gran propiedad territorial, una cintura de pequeños propietarios, una trinchera».

Contra lo que generalmente se afirma, Villalobos Domínguez informa que, en los países balcánicos, donde, a fuerza de tramposa parcialidad oficial, se ha hecho una violenta subdivi-

lados en una habitación, cuya entrada es franca, a la que van llegando constantemente más y más personas, pero cuyas puertas de salida están cerradas.

Si se impide el alivio de la general presión (o sea, el abrir las puertas, cuyas cerraduras y cerrojos son la

sión de la tierra, y donde se supone que ha sido resuelto el problema agrario, la situación agraria es tanto más apremiante, o peor, que en cualquier otro país.

En Bulgaria, donde se repartieron tierras de los latifundistas, de conventos y del Estado, vendiéndolas por parcelas de extensión limitada; donde las expropiaciones se hicieron a un precio muy inferior al valor real de las tierras, a pretexto de ser engañosas las evaluaciones del registro de contribuciones; y donde el Gobierno para facilitar el pago, entregó a los compradores, bonos con interés de sólo 2%, cuando la tasa corriente era del 15%,... «las consecuencias de esos amañes y violencias no se hicieron esperar: a los cuatro años se levantó una reacción que asesinó a los jefes agrarios; pasó a cuchillo a 25.000 campesinos, obreros e intelectuales (que no serían, supongo, excesivamente inteligentes) y destruyó toda la reforma. La crisis general es ahora agudísima en Bulgaria; y las finanzas públicas están en desastrosa situación».

El destino necesario a la pequeña propiedad es que no puede subsistir como tal... A la vuelta de dos o tres generaciones, los agricultores norteamericanos o franceses, ya son, en su mayoría, solamente propietarios nominales de sus tierras, pues los verdaderos propietarios son los acreedores hipotecarios. Unas cuantas instituciones hipotecarias y otros tantos grandes hipotecantes, son dueños de la mayor parte del suelo de esos países de «pseudo-pequeños propietarios». Francia, (país prototípico de la llamada pequeña propiedad) es un país de los latifundios partidos

propiedad privada de la Tierra), ninguno de los seres humanos podrá mitigar la presión que sufre, sino derribando a otro, o a otros, y el más débil tendrá que ser estrellado o estrujado contra el muro.

Esto ocurre, tiene que ocurrir, aun entre «compañeros» de asociaciones obreras o sindicatos: al realizar esfuerzos por encontrar ocupación, cada socio tendrá necesariamente, que desplazar a otros.

5.—De *Gea*, es decir, de la *Tierra*, en amorosa conjunción con *Caos*, es decir, con el *Espacio*, nace la *Vida*; nacieron y siguen naciendo todos los seres: tal es el sentido profundo, tal la lumínica enseñanza del Mito Helénico.

Gea, la *Tierra*, es, a un tiempo mismo, el seno maternal de los seres y su tumba siempre abierta; el principio y el fin; en incesante proceso de renovación, la fuente original de todo, y el depósito en que todo acaba.

Hay más: los *Titanes*, que moran en sus entrañas, y, rugientes, en ocasiones la estremecen; *Ponto*,

en muchos dispersos pedacitos. La política de la subdivisión de la propiedad es un círculo vicioso.

En fin, hay sobra de razones para opinar en contra de la mentada subdivisión, gratuita o no, sin que por eso, claro está, se haya de opinar a favor del actual modo de ser de la propiedad territorial. Lo advertimos, sin poder entrar a mayores desarrollos (que podrán verse en el libro a que este *Ensayo* pertenece), a causa de la necesaria limitación del espacio.

la extensión palpitante y casi infinita del océano; y **U r a n o**, el mundo poblado de mundos, que es el firmamento, hijos son de la **T i e r r a**, de **G e a**.

Para el hondor filosófico del genio griego, **G e a** es, pues, en la máxima amplitud de la expresión, la **M a d r e - T i e r r a**; la **T i e r r a**, **M a d r e** de todo y de todos.

Y para la **Mitología Romana** ¿qué representa la **T i e r r a**, sino el estupendo y poliforme machihembraje del potente impulso de la fecundación viril, con la femenina potencia de la concepción?

«**C e r e r i s s u n t o m n i a m u n u s**»: de la **T i e r r a** provienen todos los dones.

La **T i e r r a** es, pues, (bajemos de la zona azul de la **Mitología** a la realidad económica), la fuente original y única de todas las materias con que opera el **T r a b a j o**, y, a la vez, el taller del **T r a b a j o**.

Sin ella, no habría ni barro, ni paja, ni madera, ni cal, ni piedra, ni hierro, ni mármol, con que levantar la vivienda: rancho o palacio.

Ni pan que llevar a la boca.

Sin las primeras materias de que la **T i e r r a** y sólo la **T i e r r a** provee, ¿cómo podría la industria fabril elaborar sus productos: el artefacto necesario, lo mismo que el objeto de lujo; la conserva alimenticia, lo mismo que la cuna en que gozosos recibimos a nuestros hijos; lo mismo la tela, fina o burda, con que cubrimos nuestros cuerpos, en vida, que la urna cineraria en la cual ellos han de yacer después de muertos.

Sin esas primeras materias, elaboradas o no; sin eso que la Tierra suministra para el consumo directo o inmediato, o, a fin de dejarlo apto para ulterior consumo; sin eso que es la universalidad de la riqueza económica ¿qué función habrían de desempeñar Casas de Comercio, los Planteles Industriales, los Bancos de Crédito, cuyos edificios altos y lujosos como palacios, son, a la vez, el adorno y la ufanía de las grandes urbes? ¿Qué función habrían de desempeñar la locomotora que infatigable atraviesa, ahora, las montañas, para ella horadadas, y devora desérticas distancias? ¿Y la nave a vapor, capaz, ahora, de dar la vuelta al mundo en semanas, poderoso y andante instrumento del intercambio de los productos de las más diversas y opuestas zonas del planeta? ¿Y los dirigibles y los aviones, que han concluído por hallar en la inmaterialidad del aire, vías de comunicación no menos seguras, y sí más cortas y más rápidas, que las de tierra firme y que las vías oceánicas?

De la Tierra, que económicamente abarca no sólo la superficie o la profundidad terráquea o térrea, sino además el mar, los lagos, los ríos, el aire, el calórico, en suma, todas las fuerzas y oportunidades naturales; de la Tierra, que es, al decir de Joaquín Costa, el manantial de toda riqueza y la oficina de todo trabajo, y, al decir de Augusto Comte, el surtidor de que emana todo lo que el hombre necesita; de la Tierra, así concebida, que es el modo normal, racional, y científico, de concebirla, surgen todas las materias que sirven de inme-

diato, o mediante manipulaciones y transportes ulteriores, a la satisfacción de las necesidades y de las pasiones, buenas o malas de los hombres: el ave y el pez, lo mismo que el grano de trigo y la «pellita» de oro; la gema preciosa, la sal marina, y la olorosa fruta del huerto; la piedra y la madera de construcción; la hulla blanca y la hulla negra; la energía eléctrica, que ilumina, que transporta, que mueve gigantescos mecanismos, que da vida a los enfermos, que mata, obediente a la voz imperativa del magistrado judicial; la impulsión del viento que infla, bajo la comba del cielo, los blancos velámenes; la presión del agua, hecha vapor en las calderas y agilidad en las ruedas de la locomotora; el petróleo, ese oro negro, prepotente y ubicuo dinamizador del mundo moderno; la maravilla temible de los «rayos cósmicos», portentoso reciente descubrimiento, cuya «fuerza» es capaz de perforar una montaña con la misma facilidad con que se sopla el polvo desde la superficie de una mesa, y de destruir, desde el seno de un avión, ejércitos enteros, fortalezas, ciudades, países, mundos; la sedaña caricia del traje nupcial; las provisiones más variadas que la farmacopea recoge, combina y utiliza; la inasible sombra del árbol, que es reposo, frescor, belleza y ensueño o pensamiento; el perfume quinta-esenciado con que la flor «*gaudium arborum*», aroma la sutilidad de la atmósfera

6.—Sobre la Tierra, y con materias primeras de la Tierra extraídas, opera el trabajo, y no puede el Tra-

bajo operar sino sobre la Tierra y con primeras materias extraídas de ella.

Consiste el Trabajo en la aplicación de las fuerzas y la inteligencia del hombre a las materias por la Tierra suministradas; y no puede el Trabajo sino consistir en esa aplicación, a las materias primeras suministradas por la Tierra, del esfuerzo y la inteligencia de los hombres, para hacerlas útiles o aumentar su utilidad (f).

La Desocupación, que no es sino el Trabajo Impedido, la forzada abstención de trabajar, la forzada no-aplicación del esfuerzo humano a las materias suministradas por la Tierra; la forzada no-adaptación de éstas a la necesidad del hombre, significa, por tanto, el des-

(f) Ha correspondido al siglo XX, siglo de supercivilización y de supermiseria, «inventar» una forma de trabajo que consiste en todo lo contrario; es decir, en el empleo de las fuerzas y la inteligencia de los hombres a la materia, para inutilizarla y hacerla inservible a la satisfacción de las necesidades humanas.....

En el Brasil, a fin de «mantener los precios», y en nombre de la «industria nacional», el Consejo Nacional del Café, ha estado haciendo rociar de petróleo, quemar, y echar al mar, ingentes cantidades de este producto alimenticio.

Y, en otros países, cosas por el estilo.

Aberración económica y «nacionalista» que habría de ser reprimida y sancionada internacionalmente, como el delito de piratería, si los Gobiernos no estuvieran influídos, casi sin excepción, por los «productores nacionales», a los que les importa un ardite el interés de los consumidores nacionales, que son los más.

aprovechamiento, el malogro, de materias primeras, ofrecidas por la Tierra, y que podrían ser adaptadas a la satisfacción de las necesidades vitales del consumo.

Y, además, el malogro, o no-consumo, de ingentes riquezas elaboradas con anterioridad por el Trabajo, a base de la materia suministrada por la Tierra.

Tierra; Trabajo; Desocupación; Consumo: en la expedita conjugación de estos conceptos o factores; en su racional y lógico interfuncionamiento, ha de hallar la Ciencia Económica—cuando sea verdadera Ciencia—la solución del enigma.

En eso, no en otra cosa, hallarán los Gobiernos la directiva de su única acción eficaz, verdaderamente eficaz, contra las depresiones económicas: la que suministre, a las muchedumbres consumidoras, el trabajo normal, no de emergencia, (y, con ello, alimentación, vestuario, habitación, adquiridos, es decir, «comprados», con el sudor de su frente); la que suministre así, por la vía normal, suficiente y permanente mercado consumidor a los productos de las industrias todas, al mantener en actividad laboriosa y útil (no parasitaria y mendicante), y en cabal y normal potencia de comprar, a las muchedumbres proletarias y la que, poniendo normalmente fin a la desocupación involuntaria,—que comporta la merma y cuasi extinción de la actividad consumidora, y, con ello, el languidecimiento y la paralización de las faenas productoras,—habrá, asimismo, puesto fin a la depresión económica universal, resultado y causa, a la vez, de las depresiones nacionales y locales.

En último término—quizá, en primer término— «hombres desocupados contra su voluntad», «consumidores reducidos, contra su voluntad, a un mínimo de su potencia de consumir», quiere decir, «tierras ociosas», —tierras agrícolas, mineras, y de edificación, apropiadas pero ociosas—, y primeras materias inaprovechadas para ulteriores procesos industriales, o en el inmediato consumo.

Que intervenga el Trabajo,—el Trabajo normal, necesario para hacer cosas necesarias y útiles, no el trabajo de emergencia—; que se eliminen los impedimentos suscitados a la aplicación del esfuerzo y del ingenio humanos sobre las materias de la Tierra o Naturaleza, y el Mundo Económico—hombres y materia—habrá recuperado su impulsión vital; habrá entrado en provechoso, y casi se diría gozoso, movimiento, la cadena sin fin... A menos que el egoísmo mamonista y absolutista de los propietarios de la Tierra, o de los dueños del Capital, dé en la novedad aberrante y anticristiana (h) de destruir eso mismo que el fecundo con-

(h) «Novedad anticristiana». Digo esto, porque Santo Tomás de Aquino enseña que el hombre no debe considerar los frutos de sus bienes terrenos como propiedad suya, sino como bien común a todos. Que, por consiguiente, el hombre debe estar pronto a que de ellos participen los demás, según sus necesidades. Que el apóstol San Pablo (Primera Epístola a Timoteo: «Manda a los ricos de este siglo que no sean altivos, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas sino en el Dios vivo (que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro

sorcio de la Tierra y el Trabajo, ayudados del Capital, había producido para el disfrute de los humanos.

Ahora bien: el Trabajo—animador y accionador del proceso económico, que es casi como decir de la vida universal—sólo puede desempeñar su rol vitalizador ejerciéndose sobre la Tierra, y con materias de la Tierra extraídas.

O, como ha dicho Henry George, puesto que el Trabajo tiene su taller y su depósito en la Tierra, el problema del Trabajo («y el de la Desocupación Involuntaria, o Trabajo Impedido», precisa agregar), no es más que el Problema de la Tierra con otro nombre.

Mientras algunos hombres sean considerados como dueños de la Tierra y los demás hombres sólo puedan vivir sobre ella por la tolerancia de aquéllos, la sabiduría humana no será capaz de vislumbrar modo alguno por el cual, los males de la condición presente puedan ser remediados.

uso); que hagan bien; que se hagan ricos en buenas obras; que den y repartan francamente». Que Dios creó la Naturaleza para alimentar a todos los hombres, y eso hay que lograrlo.

En esos conceptos «está bien patente la doctrina misma de la Iglesia Católica», comenta monseñor Ketteler, en sermón del año 1848, que resume el biógrafo de éste, M. Georges Goyau, en su libro «Ketteler», publicado por (Saturnino Calleja Fernández, editor. Traducción de Enrique Ruiz. Madrid).

«Ni siquiera la sabiduría divina» — agrega, con desgarramientos de su alma grande, Henry George, que fué un hombre bueno, un hombre religioso, un creyente, un cristiano, un místico, y no escribió esas palabras para decir mal de Dios.

Ni aun el Todopoderoso podría hacer nada para impedir la miseria y la inanición, mientras persista el régimen actual de propiedad de la Tierra.

¿Qué podría hacer El?

Aunque El infundiera nuevo vigor a la luz solar, nueva virtud al aire, nueva fertilidad al suelo, ¿no recaerían todos esos beneficios en los propietarios de la Tierra, acarreado, no ya provechos, sino más bien daños, a los simples trabajadores?

Aunque El abriera, ante el espíritu humano, las posibilidades de nuevas substancias, nuevas transformaciones, nuevos poderes ¿podrían éstos hacer más, para aliviar la miseria humana, de los que han hecho el vapor, la electricidad, y todos los innumerables inventos y descubrimientos contemporáneos?

O si hiciera brotar, desde los abismos subterráneos, alimentos, vestidos, todas las cosas que satisfacen los deseos naturales del hombre ¿a quién pertenecerían esas cosas, bajo nuestras leyes?

Lejos de beneficiar al hombre en general, ese aumento y extensión de las bondades del Creador, ¿no serían un azote, al permitir, a las clases privilegiadas, disfrutar más orgiásticamente sus riquezas, y sumir, a las cla-

ses desheredadas, en la inanición y en el pauperismo más desconsoladores? (i)

George avanza más. Es más categórico aún. Más agudamente lógico.

El lector creerá—dice—como yo creo, que hay, más allá de nosotros, un mundo...

Pues bien: ¿cuál sería, en el propio Cielo, el resultado, si los primeros llegados allí hubieran instituido la propiedad privada de la superficie del Cielo, repartiéndosela en dominio absoluto, como lo hemos hecho con la superficie de la tierra?

7.—Pongamos otra vez el recuerdo en la alborada mitológica del mundo.

(i) Sin ánimo alguno irrespetuoso para ninguna creencia, ni para ningún creyente, habría que decir que, mientras sea el mismo actual el modo de concebir y de ejercer el derecho de propiedad sobre la tierra, y el actual sea también el modo de hacer la distribución de los provechos resultantes del trabajo, las rogativas para que caigan lluvias oportunas y proporcionadas, o para que granen abundantemente las espigas de trigo, o para que «carguen» lo más posible los racimos (panojas) en las parras, no favorecerán por igual a los trabajadores y a los propietarios. Ni mucho menos.

Otra cosa debió suceder, naturalmente, en la época en que regía la costumbre, o el sistema, de trabajo llamado *patriarcal* (porque trabajaba en común toda la familia, dirigida por el padre) y en que la tierra no había sido objeto de apropiación privada.

Sorprendamos al ser humano en sus prístinos contactos con la Naturaleza; en sus primeras interpretaciones de la Naturaleza.

De la entraña divina de la Tierra, de Gea, hizo el Mito Griego nacer a Anteo, el gigantesco y fuerte señor de Libia, quien, ufano de su fortaleza y de su más que prócer estatura, había dado en la vanidosa arbitrariedad de compeler, a los viajeros que, para desgracia de ellos, acertaban a entrar en sus dominios, a luchar con él, seguro de vencerlos: con sus cráneos se había propuesto erigir un templo a Neptuno, su divino progenitor.

Hércules, hijo de Júpiter, ha realizado ya las diez primeras de sus Doce Temerarias Hazañas.

Vencido está el León de Nemea, con cuya lustrosa piel ha forjado el héroe el escudo que porta y el traje que ciñe.

De un solo golpe de arma, ha cortado las cincuenta cabezas de la Hidra de Lerne, insaciable devastadora de los ganados, y, al par, terror de las poblaciones.

Ha dado muerte al Jabalí de Erimanto, y a la Cierva de los Cuernos y Pies de Bronce.

Y exterminado, en el Lago Estínfalo, los pájaros de alas, cabeza, pico y uñas de acero, que lanzaban dardos de fuego sobre sus perseguidores, y cuyo número y dimensiones eran tales, que, cuando volaban en bandadas, obscurecían la luz del sol.

Y domado al Toro de Creta.

Y robado los corceles de Diómedes, cuadrúpedos

que echaban llamaradas por las fauces voraces, y a los que su dueño alimentaba con carne humana, y, en especial, con los despojos, aun sangrientos y palpitantes, de los extranjeros que tenían la mala ventura de caer bajo su férula.

Y perseguido y sojuzgado a las Amazonas, terribles mujeres de guerra, que ejercían torvo y desatentado pillaje en las orillas del Ponto Euxino.

Y, desviando el curso del río Alfeo, limpiado los Establos de Augías (Rey de Elida e Hijo del Sol), donde se hospedaban treinta mil bueyes; establos que desde hacía treinta años no habían sido sometidos a limpieza.

Y vencido y muerto a Gerión, el más fuerte de todos los hombres, al decir de Hesíodo; gigante de tres cuerpos, cuyos rebaños guardaban un perro tricéfalo y un heptacéfalo dragón.

Encamina ahora Hércules, el hijo de Júpiter, sus pasos hacia el Hiperbóreo, donde habrá de robar a las Hespérides, hijas de Atlas, las Manzanas de Oro de su jardín maravilloso.

Ya va hollando las quemantes arenas del País de Libia, cuando, súbito, se le aparece Anteo, el hijo de Gea, y le de tiene y provoca.

Habrá de luchar con él: lucha de héroes o semidioses.

Logra el Hijo de Júpiter derribar al Hijo de Gea, una, y otra, y otra vez.

Pero, al tomar su cuerpo contacto con la Divina

Madre Tierra, recupera Anteo, cada vez, las fuerzas, y se yergue contra Hércules, cada vez más potente.

Hasta que, penetrando en el secreto de esa incesante renovación de energías, alza Hércules a Anteo en sus formidables brazos; lo mantiene, por durable espacio de tiempo, suspenso en el aire; lo estrecha y oprime contra su cuerpo; y así lo ahoga.

Ha faltado a Anteo, con el contacto, el aliento vital de la Madre-Tierra, de Gea.

Las gentes del mundo superpoblado de nuestros días, harían bien en no olvidar el sugestivo Mito de Anteo, hijo de Gea, y desentrañar su significación profunda.

El Mito de Anteo, que ha venido a alcanzar el máximo de su significación, precisamente en nuestros días, en que rige, ineludible, la ley de la interdependencia económica universal; en nuestros días en que se puede decir que está vencida, en lo que tenía de orgánica resistencia al desarrollo de las comunicaciones, la Naturaleza; en que se puede decir que, para tales efectos, han ya desaparecido las distancias y el tiempo.

El Mito de Anteo ha de ser con razón evocado hoy día: porque hoy se vive (y para siempre se vivirá), en universal unidad, una vida económica planetaria; porque hoy se halla establecida—etapa ya definitiva de la evolución de todo—una verdadera mundialización del mundo.

Si, en efecto, hace un siglo el mundo daba la sensación de un inmenso polípero en el cual miles y miles de

empresas yuxtapuestas vivían una vida casi independiente, aferradas a la roca común, según el adecuado símil doble de Francis Delaisi, hoy, por el contrario, el universo ha tomado el aspecto de un gran vertebrado, con sus miembros complementarios—órganos de la nutrición, asimilación y distribución—y sus sistemas vaso-motor y nervioso, centralizados que obedecen a un cerebro único, y cuyos miembros, que se desarrollan conjuntamente, mueren cuando son separados.

Es lo que el Doctor Jaworsky ha llamado, con un nombre que merece conservarse, el Geón: de ge, tierra; y on, ser.

Decididamente, en efecto, las nuevas condiciones de la vida humana tienden—queramos que queramos—a la supresión de las fronteras económicas.

Es toda la tierra,—no un solo país o unos cuantos países de lo que la aviación y las ondas hertzianas han tomado posesión; es toda la tierra—no un país o unos cuantos países—quien tiene necesidad de tal o cual substancia vegetal que sólo determinadas y privilegiadas comarcas producen; de tal o cual mineral que sólo se encuentra en el territorio de uno o dos países; de tales o cuales gigantescas fuentes de energía, que han sido repartidas desigualmente por la naturaleza.

Por haber perdido el contacto con la Tierra, con la Madre-Tierra—es decir, por haberla sometido a reglas jurídicas y económicas irracionales, antinaturales y anticristianas,—está pereciendo la Humanidad, en mí-

nima parte propietaria, sobreproductora y ahita, y, en su porción más numerosa y considerable, depauperada y famélica, (j).

Sólo para cuando renueve y rectifique su trato para cuando haga normal e inteligente su trato con la Madre-Tierra, podrá la Humanidad soñar con una vida más equitativamente abundante, más parejamente culta, y más extensa e intensamente satisfactoria y feliz. ¡Tan feliz como pueda ser la vida de la Humanidad, una vez que el Trabajo deje de estar impedido por la estrangulante y asfixiante tiranía de la Tierra Monopolizada, máximo impedimento del Trabajo!

Sólo para entonces, dócil el ánimo del enfermo al desinteresado y científico dictamen, será lícito esperar que éntre en definitiva curación el mal del mundo.

(j) Aquí he evocado sólo un simbolismo mitológico: el simbolismo griego. Se puede afirmar que, en esto de atribuir tan alta importancia a la tierra, están acordes todas las Mitologías.